

EL MUNDO CINEMATOGRAFICO

Edición Popular Ilustrada

Barcelona 17 Junio 1920

15 céntimos

Año IX - Núm. 25



POLA NEGRI

la trágica admirable protagonista de las películas
"Madame Dubarry" y "El
teniente del crucero Victoria".

PROGRAMA UNION

GASTÓN RADEL

LA ESCLAVA DEL HONOR

por MUSIDORA y RENÉ NAVARRE

CONCESSIONARIO: J. GURGUT

EXCLUSIVAS PERELLÓ

PRONTO presentación de las superproducciones extraordinarias de la marca

FOX

Fanfan, Aladino

o la Lámpara Maravillosa

Ali - Babá

o los Cuarenta Ladrones

Serán los éxitos de la temporada

EL MUNDO CINEMATOGRAFICO

EDICIÓN POPULAR ILUSTRADA
DE LA REVISTA PROFESIONAL
::: DE IGUAL TÍTULO :::

Redacción y Administración
VALENCIA, 200
BARCELONA
Teléfono G. 1282

Director: José Solá Guardiola — Gerente: Eduardo Solá
SE PUBLICA LOS JUEVES

Precios de suscripción

España. Un año 8 ptas.
Extranjero. 12
Número suelto 15 cts.
Atrasado 25



Siluetas de artistas cinematográficos

Willie Ritchie «Melitón»



Las últimas películas que hemos visto de este estupendo actor, bautizadas con el título «Serie de los Melitones» nos han confirmado en la apreciación de que

se trata de uno de los artistas que derrochan más gracia pero una gracia espontánea, natural, sin rebuscamientos ni chabacanías desde las pantallas de los cines.

Hay dentro de este difícilísimo género cómico actores que hacen reír por la figura, por el ademán o por sus gestos dislocados. Melitón hace reír por todo. Lo mismo por una cosa que por otra. Igual por la apariencia cándida de su mirada, que por la abundancia hirsuta de sus bigotazos de cepillo. Igual por la corpulencia desgarbada de su corpachón de hombre que ha comido bien y no ha puesto mucho esmero en el vestir, que por la flexibilidad de expresión de su cara que tiene el secreto de las muecas más hilarantes.

Además Melitón, o su arte más bien, nos ofrece otra particularidad muy recomendable. Desdeña esas películas faltas de argumento en las que por llamarse cómicas se cree que todo estriba en la gracia del protagonista sin preocuparse para nada de lo que hagan los demás y sin buscar ni aderezar las situaciones en el desarrollo de ningún asunto. Y por esto, cuando vemos una cinta de Willie Ritchie—nos referimos a las últimas principalmente,—recibimos desde el primer instante la agradable sorpresa de encontrarnos con producciones trazadas y cuidadas con el principal esmero de que la acción dentro de lo cómico tenga una estrecha concatenación de lógicas consecuencias, y son la diversidad de cuadros y motivos como el marco preparado para que más luzca y nos arranque la carcajada del arte chispeante, vario, multiforme de este mago de la risa.

Con respecto a los actores cómicos suele haber, por lo general, dos apreciaciones. Es muy corriente que el público, sin pararse a analizar otros aspectos que el que conoce de verles en su trabajo, suponga que éste tiene menos mérito de que el de los demás artistas, que es más fácil, y que, además, todos los que le hacen reír con la pluma, con los pinceles, desde el escenario o desde la pantalla, son unos señores que practican el sport de lo festivo en todo y son graciosos cuando tratan con un amigo, cuando se comen la sopa, cuando se mudan de calcetines y hasta cuando, rendidos de piruetear, se consagran al sueño.

Melitón es la negación de estos dos falsos supuestos. Por lo que se refiere a su «modo de hacer» inimitable destaca tan briosamente una personalidad, acusa con caracteres de firmeza tan definida el humorismo de un temperamento y se nos muestra tan ágil y resuelto en la selección de los motivos, que no es posible dejar de reconocer que su talento creador, tiene una significación concreta de valimiento.

Y en cuanto a lo otro, hay una paradoja manifiesta entre su vida de actor y su vida íntima.

Melitón nos hace reír hasta el delirio. William Ritchie es un hombre estudioso, serio, amigo de la serenidad y de todas las comodidades, que se pasa leyendo unas cuantas horas del día, que conoce a los clásicos, que domina, hablándolos como el propio, seis idiomas, y que tiene tan alto concepto de la elegancia que ese hombre de descoyuntadas extravagancias que vemos en las películas con calzoncillos a cuadros luchando con un león o metido en el guardarropas de una esposa infiel, sorprendida por el esposo furibundo en un instante de coloquio amoroso, frecuenta los grandes clubs, los paseos de moda, y los teatros principales, enfundado en su frac de última moda, como el *gentleman* de más refinadas exquisiteces en la indumentaria.

—¿Por qué se hizo usted actor cómico?—le preguntó en cierta ocasión un cronista de no recordamos cuál periódico de América.

Y el regocijante Melitón, que tiene un concepto práctico de la vida, respondió sin titubear:

—Porque la actualidad nos ofrece deplorablemente sobradas ocasiones de meditación, de preocupación, y es necesario buscar el aspecto cómico de las cosas, siquiera para poder luchar con un poco de ventaja espiritual con las calamitosas realidades del momento.

Así es Melitón. Así piensa William Ritchie. Y, en definitiva, los que hemos visto «Melitón, condenado a muerte», «Melitón, en tren botijo», «Melitón, en la conquista de Africa», «Melitón príncipe y suegro» y otras muchas de la marca Fox, donde trabaja actualmente y que nos ha presentado P. E. de Casals—que tiene muy buen ojo para sus adquisiciones—hemos podido apreciar que el género cómico en las películas cuenta con un elemento de tan gran valía, que no dudamos en calificarlo como uno de los primeros y sobre todo como el que más se ha sabido separar de los moldes antiguos y crear de por sí para él y a base de él, un nuevo género.

El género especial, dentro de lo cómico, en que se juntan las películas con argumento, con un argumento racional y chistosísimo, y el trabajo del actor, muy actor, que puede ufanarse de sentir como nadie la comicidad y de interpretarla hasta hacer olvidar a todo el mundo, en una carcajada sin freno, las penalidades de la vida que vivimos que, en realidad, es una vida como mirada con lentes ahumados.

DON FÉLIX DE ALBANIEGO.

ECOS MUNDIALES

María Walcamp en América

La famosa estrella María Walcamp acaba de regresar a su hogar después de un largo viaje por el Japón, China y las Filipinas, en cuyos países trabajó en la interpretación de varias escenas para la nueva serie «El nido del dragón».

La intrépida artista manifestó a algunos periodistas que tenía muchos deseos de volver a su país, porque, por muy interesantes que sean tales viajes, siempre es más apetecible la comodidad del hogar.

Los lectores de argumentos

El jefe de escenario de la manufactura *Universal Film* dice que tiene que leer diariamente unos setenta y cinco argumentos, y aunque su mayor alegría es hallar uno bueno, solamente puede quedarse con uno entre cada cinco mil aproximadamente.

La mayoría de los argumentos adolecen de la gran falta de que sus autores no se han fijado en los gastos, y así presentan la primera parte en el Polo, la segunda en el África ecuatorial y la tercera en la Rusia bolchevique.

Nuevo filtro anticalórico

M. François Imbert ha presentado a la «Sociedad Vandoise de Ciencias Naturales», un nuevo filtro destinado a detener el calor que acompaña los rayos luminosos, con gran aplicación a la cinematografía, en la que el condensador concentra sobre la película, generalmente inflamable, todas las radiaciones emitidas por un arco voltaico de 20 á 25 amperios.

Esto hace que la película no pueda detenerse sino se corta la iluminación, so pena de verla arder.

Hasta ahora se ha empleado como filtro una capa de agua con alumbre disuelto y a veces con refrigeración: pero nunca se ha llegado, como con el aparato recientemente inventado, a suprimir, según afirma el autor, cerca del 90 por ciento del calor que acompaña a la luz.

Este filtro está constituido por una disolución de sulfato de hierro al 35 por ciento, adicionado de algunas gotas de ácido sulfúrico.

‘El rey del búfalo’

Con tal nombre es conocido en Norte América el famoso artista Harry Carey, más popular por su seudónimo de «Cayena», el cual tiene el capricho de poseer muchos búfalos en sus terrenos.

Ultimamente ha hecho una compra de setenta de esos animalitos. El gran actor pasa con ellos todas sus horas libres, pero cuando encuentra alguna buena ocasión vende sus búfalos a los parques públicos y hace con sus amigos un bonito negocio.

Nuevo estudio

La *Universal Film Company* ha adquirido un nuevo estudio de proporciones tan grandes, que en su escenario pueden trabajar veinte compañías a la vez.

Este escenario tiene ciento cincuenta metros de largo y cincuenta de fondo y ha costado quinientas mil pesetas.

Una cátedra universitaria de cinematografía

En la Universidad de Colombo, en los Estados Unidos, se ha creado una cátedra de cinematografía a cargo del profesor M. W. Gregori, quién durante la guerra desempeñó el cargo de teniente agregado al Servicio Cinematográfico del Ejército Americano.

El cine en el Japón

En el Japón se ejerce una previa censura rigurosisima sobre las películas, impidiendo la proyección de escenas de cariño y de pasión, no tolerándose ni siquiera un beso por inocente que sea.

Se comprende lo restringido que queda el ambiente en el que han de vivir los argumentos, siendo la verdadera base del arte, el amor, así como la dificultad de proyectar allí películas extranjeras, como no hayan sido expresamente editadas para aquel extraño país.

Sin embargo el cine florece en el imperio del Sol Naciente, en el que existen 450 salas de espectáculos, de las que 320 están entre las manos de una misma empresa: la «Compañía Japonesa Cinematográfica».

Se proyectan principalmente cintas instructivas y científicas, además de unas 20 películas de edición nacional que se producen cada año.

‘Les Avariés’

M. Charles Hefer se ha encargado de colocar en Europa la película filmada con el argumento de esta famosa novela de M. Eugène Bieux, de la «Academia Francesa», y este autor se ha encargado personalmente de la redacción de los títulos en francés, con el objeto de dar al film más realce, poniéndolo de acuerdo con el original que le ha servido de base.

Visitas

Hemos tenido el grato placer de saludar al señor don José G. Caballero, representante en Sevilla de la casa *Pathé Frères*, que, según tenemos entendido, trasladada su residencia a Madrid.

También nos ha visitado el conocido cinematografista señor Sagarra que ha llegado procedente de la villa y corte.

Sean todos bien venidos, a todos les deseamos agradable estancia y prósperos negocios.

Una estrella enciclopédica

Lo es verdaderamente la genial artista Helen Ferguson que trabaja para la *Metro*.

Entre los diferentes oficios que ha ejercido para ganar su vida antes de posar para el cine figuran los de mecanógrafa, telefonista, dependienta de comercio, tipógrafa y dibujante de carteles.

Max-Linder

Después de un silencio muy largo, vuelve a hablarse de este simpático artista francés que tan bien ha sabido hermanar la elegancia con la gracia. En la actualidad está trabajando en el estudio de Tourneur de la *Universal City*, en California.

Fatty

El simpático gordo ha terminado ya su gran comedia «*La vida del Partido*», de la que se dice que es el *non plus ultra* de la gracia y pronto empezará otra titulada «*El revendedor ambulante*», que promete recorrer el mundo entre una corte irrespetuosa de carcajadas.



Fábrica de Géneros de Punto

RAMON FARRAS

Fabrica a medida todas las clases y tamaños

Cuenta con surtido completo

Ventas al por mayor y detall

5, Xuclá, 5 - BARCELONA

UNA INTERVIU FANTÁSTICA CON CARLITOS CHAPLIN



Desemboca el auto en la Quinta Avenida, a la altura de la calle 60 Este, y mi compañero de viaje y cicerone que ha de presentarme al genial Carlitos, va indicándome al paso las residencias de los grandes millonarios, multimillonarios y archimillonarios, todas ellas soberbias, monumentales, colosales; palacios fantásticos realmente. Pasa el auto frente a las casas de estos nenes: John J. Astor, Williams Astor; dos cuartos más arriba Charles T. Ierkes y Miss Witnes, cuatro nombres que, al pie de un cheque, podrían sacar del Banco del Estado Americano medio millón de dólares... ¡Unos desgraciados!...

Pues bien, en esta soberbia calle bordeada a un lado de palacios de ensueño y al otro lado por el magnífico Central Park, uno de los más bellos paseos del centro de Nueva York, en esa calle, en la que se han reunido las más colosales fortunas de Norte América, tiene su original rasca-cielo el no menos original, genial y universalmente reído Carlos Chaplin.

Detiénesse nuestro auto frente a la puerta y descendemos. El acompañante paga el taxi, y mientras tanto yo me dirijo a tocar el timbre de la puerta, pero al ir a colocar el dedo en el botón, el cicerone tócame del brazo y me detiene:

—Un momento, amigo, lea usted antes este letrero.

Junto al timbre hay una chapa de bronce en la que dice: *Si quiere usted ser recibido por Carlos Chaplin, antes de tocar el timbre introduzca su tarjeta por la ranura superior explicando en ella el objeto de su visita. Será inútil tocar el timbre nuevamente si la tarjeta es devuelta. Días de recibo, el primer lunes de cada mes, 10 a 12 m.*

Después de leer el curioso aviso me volví sorprendido y observé la risa contenida de mi acompañante.

—No se alarme; seremos recibidos, hoy es lunes y son las diez y cinco minutos. Deme su tarjeta.

Le entregué mi tarjeta, la introdujo por la indicada ranura y se puso a contar... uno... dos... tres... cuatro... Cuando iba por el número setecientos diez y ocho, se abrió en la puerta una puertecita del tamaño de un boleto de tranvía, sonó un timbre, se encendió una luz verde en la parte superior de la puertecilla y automáticamente apareció una llave Yale.

Con la llave en la mano fui a introducirla en la cerradura y noté sorprendido que la puerta no tenía cerradura a la vista. Era ni más ni menos que la puerta de una colosal caja de hierro.

Mi acompañante me enseñó en el piso de la acera una chapa como de aguas corrientes, diciéndome:

—Allí está la cerradura.

No sin cierta extrañeza levanté la chapa de hierro y apareció a mi vista una cerradura; introduje la llave, la hice girar y noté que la puerta de la casa se abría de par en par.

Me lancé tras mi compañero que ya había traspasado el dintel y gracias a mi ligereza no quedé atrapado por los faldones del jacuet en la puerta, que nuevamente se cerró tras nosotros, sumiéndonos en la más absoluta oscuridad.

—¿Qué es esto?—me atreví a decir.

—Calle y espere. Chaplin no tiene sirvientes; toda su casa es mecánica.—No había concluido de decir estas palabras el cicerone, cuando se encendió en la pared una bombilla roja bajo la cual vimos claramente una mano pintada en la pared que nos indicaba la dirección a seguir. Avanzamos dos o tres pasos y se apagó la luz aquella, encendiéndose la anterior y así sucesivamente hasta unas seis luces que, como estaban colocadas cada tres o cuatro metros, me hicieron suponer que el corredor era de unos veinte metros de largo por lo menos.

Llegamos por este corredor a una pequeña rotonda; en ella había un ascensor; junto al ascensor este letrero: *Entre.*

Nos metimos dentro y no habíamos concluido de correr la reja que lo cerraba cuando nos sentimos elevados a una velocidad vertiginosa, siempre en medio de las tinieblas.

No me atrevía a hablar, pues confieso que sentía algo así como miedo de que aquel ascensor nos estrellase.

Poco a poco fué haciéndose la luz a medida que subíamos, e instintivamente levanté la cabeza buscando la causa de la claridad.

Llegábamos al piso setenta y tres, según mi acompañante...

Detúvose el ascensor y se abrió la puerta mecánicamente. Estábamos en los departamentos privados de Chaplin.

Del ascensor salimos a un hall admirablemente amueblado, estilo inglés; una gran estufa, una mesa amplia central, grandes sillones de cuero, alfombras de Esmirna, etc., etc. En un testero del salón una percha, sobre la percha una lamparilla de luz, que se encendía y apagaba indicándonos sin duda que dejaríamos los sombreros y bastones, puesto que cuando lo hicimos, dejó de parpadear, cediéndole el turno a otras bombillas minúsculas que como fosforescencias en la noche se encendían y apagaban en todos los sillones, sillas y sofás del hall.

—Hay que sentarse, me dije, y convidé a mi compañero a tomar asiento.

Comentando tanta maravilla estábamos, cuando un estrépito nos llamó la atención. Dirigimos la vista al punto de donde venía el ruido extraño y vimos a Chaplin que rodando la larga escalera que bajaba al hall llegaba hasta nosotros.

Su traje era el mismo en que lo vemos siempre en las películas: amplio pantalón, botines descomunamente grandes, un jacuet ajustado y rabón, una bimba minúscula que descansa sobre su alborotada cabellera, y su inseparable bastoncito.

Sin inmutarse y siempre sonriente y sin abandonar sombrero y bastón quiso Chaplin incorporarse, pero el felpudo siguió su patinaje sobre el parquet y fué a parar al otro extremo del hall en que estaba aún abierta la puerta del ascensor y desapareció por el boquete negro.

Mi acompañante y yo nos precipitamos creyendo ver al pobre Chaplin convertido en una tortilla sobre el techo del ascensor, pero cuál no sería nuestra sorpresa al verlo prendido como un mono al cable eléctrico y subiéndolo por él como por una maroma.

—¡Apártese!—me gritó el cicerone.

Nos retiramos de la puerta y apareció nuevamente Chaplin sonriente, haciendo maravillosos ejercicios gimnásticos en el cable del ascensor.

Sin querer y al retirarme de la puerta apoyé sin duda la mano en el botón de llamada y el ascensor se puso en movimiento y Chaplin desapareció nuevamente, pero esta vez hacia arriba.

Lógicamente asustado por esta imprudencia mía, que podía costarle la vida al más genial y admirable de los actores cinematográficos, asomé instintivamente la cabeza para ver donde iba a estrellarse el pobre Chaplin, en el mismo momento que llegaba al piso el ascensor y su techo me daba un fuerte golpe en la cabeza levantándome en peso y haciéndome ver todas las estrellas del firmamento; desgarrándome el cuerpo contra el marco de la puerta; separándome la cabeza del tronco y convirtiéndome, en fin, en un despojo humano.

Debió ser muy fuerte el grito que di, pues mi pobre mujer que dormía todavía, se despertó sobresaltada y sacudiéndome me hizo volver a la realidad y salir de aquella pesadilla fantástica.

EMILIO DUPUY DE LOME.

PRESENTACIONES

LA PRODUCCION ESPAÑOLA

La Regia Arts-Film nos sorprendió el viernes último en el Teatro Eldorado con una preciosa película titulada «La noche del estreno».

Mucho esperábamos del amigo Gaspar, pues conocemos sus grandes dotes artísticos; pero su última producción ha superado a cuanto podíamos esperar. Indudablemente ha sabido aprovechar el tiempo durante su último viaje a Nueva York.

El argumento es el ensueño de un escritor, la noche del estreno, sobre la mesa y entre la espuma del champán.

El ensueño es de amores que amenazan acabar en tragedia; de amores en un ambiente rústico y enérgico, llenos de savia agreste y fuerte.

El paisaje es delicioso; ha tenido Gaspar el acierto de llevar la escena a esa clásica tierra española del Monasterio de Piedra.

Aquel país tiene un ambiente extraño mezcla de Castilla y Aragón.

Flota en el aire el misticismo; pero entre una naturaleza agreste grandiosa. No es la estepa parda y gris; estas tierras por un lado y León el montañoso por el otro dan la extraña impresión de una Castilla abrupta. Y aunque es Aragón se inspira allí cierto aroma que nos recuerda Avila de los Santos.

Durany hace un campesino colosal; el amigo Durany nos da la impresión de haber vivido siempre con el chaquetón de pana entre aquellos riscos montaraces y ella, la protagonista, una mujer hermosísima, y siempre muy mujer, nos da también una impresión de rusticidad deliciosa.

Nuestra enhorabuena; así se trabaja. Así se conquista para España un nombre brillante en el campo del arte cinematográfico.

Esta película recorrerá el mundo reflejando algo castizamente español sin torerías ni flamenquismo.

Y si es intensa la vida rústica de las grandes praderas americanas, también impresiona fuertemente nuestros sentidos la vida de estos celtíberos, llena de primitivos encantos, prolongación de la Naturaleza; y este es un aspecto verdadero de España; más verdadero que los toros y la chulapería.

L. GAUMONT

Barrabás.—En nuestro último número, después de presenciar el lunes la presentación de los cuatro primeros episodios de esta hermosa película de series, pudimos hacer a nuestros lectores un anticipo del juicio crítico que nos merece tan hermosa producción Gaumont.

Después, el martes y el miércoles, pudimos ver los ocho episodios restantes y las primeras impresiones quedaron plenamente confirmadas y nosotros convencidos de que esta serie es una de las mejores que han llegado a España.

Barrabás es un dominador de hombres y explota a sus dominados haciéndoles cometer todo género de crímenes en su provecho.

Para hacerlo utiliza todas las pasiones nobles de los demás, careciendo él por completo de sentido moral.

Cuando no tiene armas las inventa, y así, en su lucha con el joven abogado, le hace creer que es hijo de un guillotinado y el temor a la deshonra que puede derramar sobre su nombre lo desarma.

Duda el abogado, trata de averiguar la verdad; *Barrabás* lucha con energía sin límites, y cuando el abogado se convence de la falsedad de aquella afirmación, el enemigo se apodera de su hermana y la vida de ella garantiza su impunidad.

Por fin, una lucha intestina entre los bandidos, trae aparejada su derrota y su muerte.

No decae un solo momento el interés.

Los actores inimitables y sumamente acertados.

Paisajes preciosos y decoraciones suntuosas.

Fotografía de lo más bonito que hemos visto con hermosos virajes.

En definitiva una verdadera obra de arte y un éxito lisonjero para la casa Gaumont.

J. VERDAGUER

«*Amante porfiado*», película cómica de L. KO, de 650 metros, graciosísima.

«*Jinete vengador*», película extraordinaria de 1.600 metros es un drama lleno de interés de la *Trans-Atlántic*, interpretado por Harry Carey (Cayena).

«*El Galeote*» es un drama alemán de la U. F. A., en el que Pablo Wegener, como primer actor, hace una labor personal originalísima y llena de fibra.

Tiene esta película cuadros bellísimos.

J. GURGUI

«*Hamleto y su clown*» es un drama de Lucio d'Ambrá, del *Programa Unión*, de una belleza maravillosa.

Verdad es que está interpretado por dos artistas tan geniales como Soava Gallone y Luciano Molinari.

CASA PATHE

«*Una fuga*».—Película graciosísima y notable por la particularidad de que sus únicos intérpretes son dos perros, un gato y un ratón.

«*Celemino busca piso*» tiene mucha gracia y es de actualidad ahora que buscar piso es un trabajo digno de Hércules.

«*Mr. Lebureau*».—Crítica acerba del expediente y la burocracia. Aunque es una película extranjera nos parece, viéndola, vivir en España, y es que hay defectos comunes a todas las razas y a todas las formas de gobierno.

JULIO CESAR

«*Fabricación del acero*».—Película instructiva, de 175 metros, llena de interés.

«*El Niágara en invierno*», de 140 metros y del mismo género.

«*El último atentado*».—En sus 380 metros hay una novela policiaca completa espurgada de detalles inútiles y pesados. En vez de cansar, como otras, esta cinta, al terminar, da lástima que haya acabado: sabe a poco; este es su gran mérito.

«*La muerta viva*», película alemana de 1.800 metros, interpretada por la genial Henny Porten.

Se trata de una mujer que, por una ligereza que le hizo retrasar su viaje, aparece como víctima de un descarrilamiento y vive en secreto mientras está muerta para su esposo y para los demás.

Henny Porten sigue guapísima y llena de naturalidad y elegancia.

SOCIETE FILMS MERCANTON

Su representante, Mr. Strass, ha presentado en el Salón Cataluña dos hermosas películas.

«*Ei amigo Fritz*» es una comedia hecha con el argumento de la novela del mismo nombre, que es la obra maestra del célebre Erckmann Chatrian.

Se trata de una novela célebre conocida por todo el mundo y no hemos de explicar aquí su argumento; pero sí diremos que la adaptación es excelente y que el ambiente alemán de los fines del siglo XVII impregna de un modo maravilloso toda la cinta.

«*La voz de la sangre*» es un drama sumamente intenso, adaptación de la novela del mismo nombre de Robert Hichens.

Un joven inglés que tiene una abuela siciliana, se ve arrastrado por la sangre italiana que corre por sus venas a vivir un drama pasional y morir por él olvidando el *self controle*, esa cualidad en la que radica indudablemente la superioridad anglosajona.

El drama emociona profundamente; pero lo que más nos ha convencido ha sido el ambiente.

Sicilia, donde suceden los acontecimientos que integran la cinta, está descrita maravillosamente.

La belleza de ese país volcánico, lleno de sol y rodeado de un mar tan bello que sólo en Mallorca es comparable, está perfectamente traducida en la cinta.

En definitiva, damos la enhorabuena al señor Strass que inaugura su gestión en España con acierto definitivo.

MARINERO MÍO

Letra de José Linuesa

Música de J. Sanmartí

TIEMPO DE BARCAROLA

VOZ

Soy hi - ja de ma - ri - ne - ros — el

mar siem - pre fué mi lu - sión — y al com - pás de sus a - rru - llos, — se me ció mi co - ra -

zón — a sus plan - tas muy a - le - gre — me pos - tro yo sin ce - sar — cuan - do al gún bar - co ve -

le - ro — dis - pues - to se ha - llar a mar - char

vue - la ma - ri - ne - ro — vue - la pro - di - gio - sa na - ve — ay quien fue - ra vien - to —

ay quien fue - ra a - ve

Al 5º y de 5º salta (3 letras)

La letra de la música va insertada en la página 14.

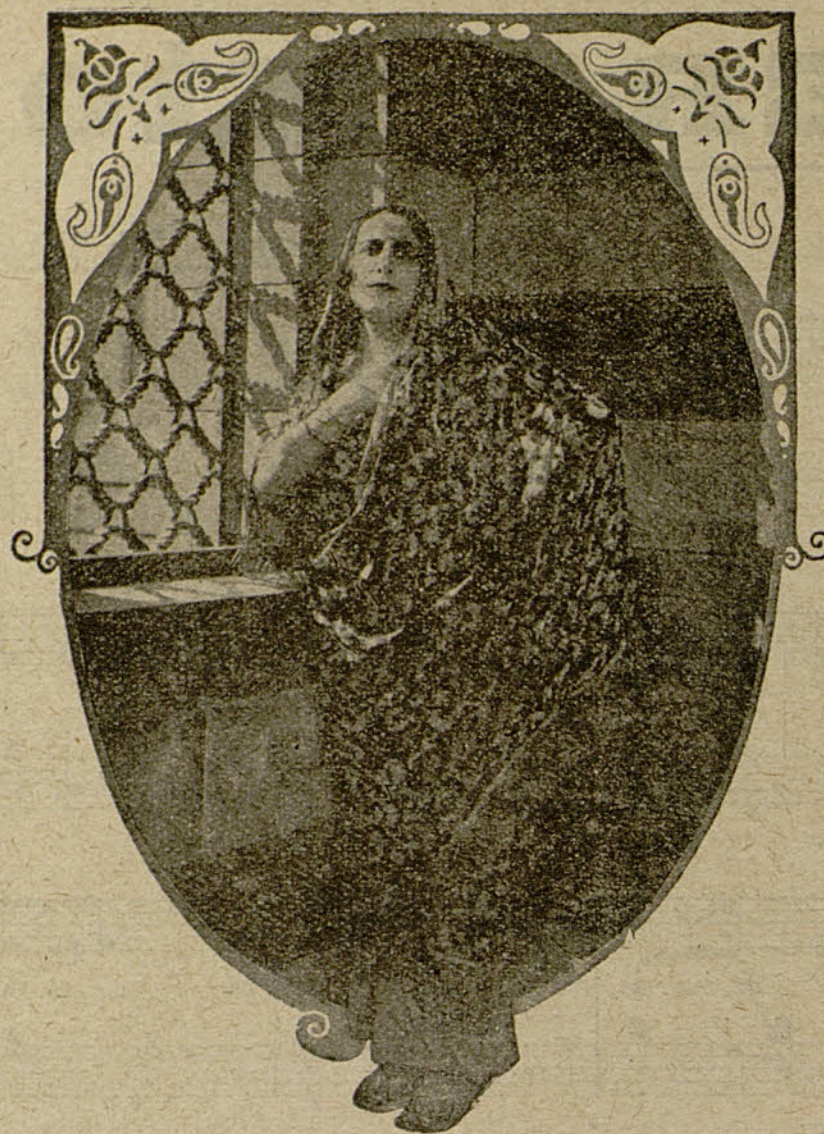
Paul Izabal

Sala MOLIAN

Pianos, Pianos-pianola. Ventas al contado, plazos, cambios y alquileres. Afinaciones. Reparaciones. Limpieza

ROLLOS MÚSICA * ABONOS

Central: Paseo Gracia, núm. 35. * Sucursal: Buensuceso, núm. 5
Fábrica: Provenza, 362. - BARCELONA



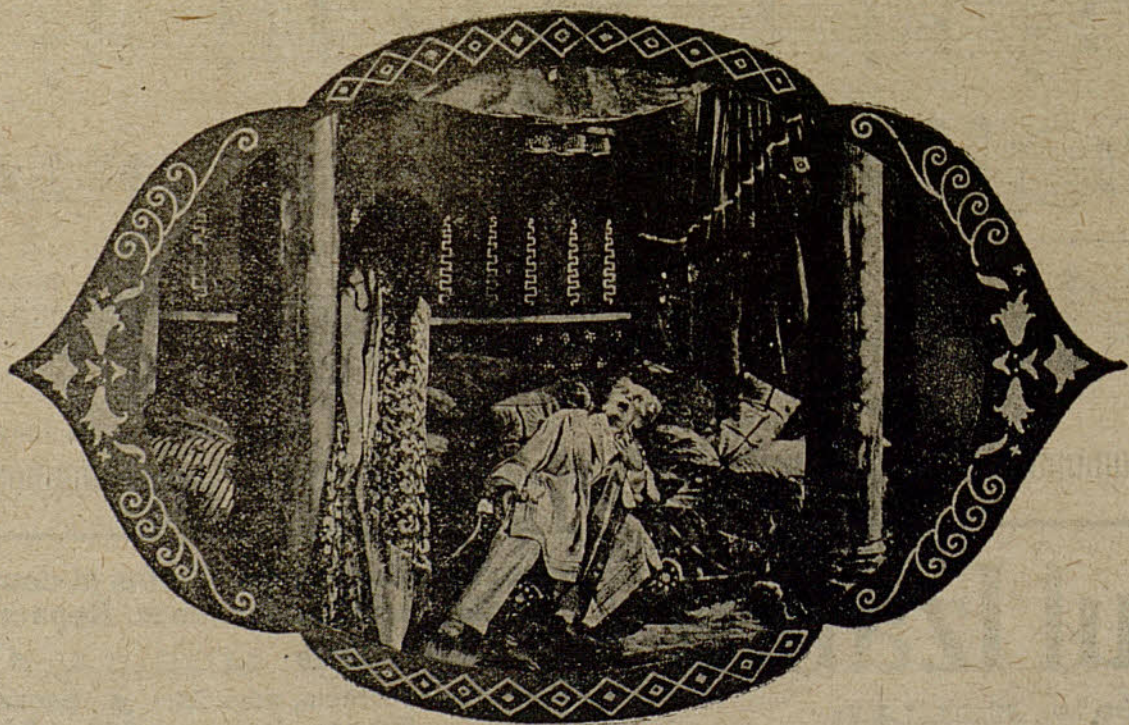
PRIMERA PARTE

Apuesto, gentil y tan entusiasta como lleno de ilusiones, Juan Troyon, hijo único de una viuda provinciana, se ha doctorado con brillante nota en la Facultad de Medicina.

Fontainebleau, su ciudad natal, es demasiado pequeña para sus aspiraciones y sus risueñas esperanzas. París, ciudad de genios, de sabios, cuna de la fama, es su sueño dorado... Y ya lo tenemos establecido en la gran ciudad, 164, rue Moneau, donde pronto tiene clientes distinguidos; entre ellos, podemos contar a una vecinita, Myriam Agapian, morena, de cara ovalada, enérgico perfil, grandes e inquietantes ojos, labios de grana en que se dibuja a veces una sonrisa misteriosa.

Vive con su tío, Max Agapian, y resulta su vida tan enigmática, que en la vecindad ocasiona frecuentes comentarios. Se dice que llegaron de la Armenia y que acaso no son sino unos aventureros que vienen ávidos de placeres y fortuna, no obstante sus buenas costumbres. Mr. Agapian se sabe que está colocado en el «Banco de Levante». Así y todo, Myriam aspira a crearse, en el teatro, una situación importante...

El doctor Juan Troyon, alma impresionable, sensible, algo tímido, pronto cae en las redes tendidas por la bellísima cliente, cuyos juegos de amor están por encima de todas las teorías fisiológicas del joven galeno, por lo que Juan, atento a su corazón más que a sus sentidos, ve la solución en el matrimonio, y no en una aventura. Seguramente Myriam no piensa del mismo modo. Madame Troyon, sin conocerla, consideraba los amores como una loca aventura, y por otra parte, su tío Max quería para ella una brillante posición, fuera a costa de lo que fuere, tanto es así que tiene



ALMAS DE ORIENTE

Drama Cinematográfico en partes de la Superproducción "PAX"

puesta la proa a David Hussein, director del «Banco de Levante», hombre rico, evidentemente pasional, con ojos vivos, tan amante de liviandades como en la senectud, dueño de un famoso y señorial palacio situado en las orillas del mar latino, cuya residencia en los círculos mundanos parisinos, gozaba de justa fama como templo de la vida alegre y voluptuosa.

Max Agapian se ha trazado un plan, y sin variar de ningún género presenta el asedio al codicioso nario fauno, seguro de la inmediata victoria. Con ocasión de una soirée de gala, en donde Myriam, como artista y como mujer de excepcional belleza, Agapian hace la presentación de la encantadora Myriam al opulento banquero David Hussein, que queda rendido ante la singular hermosura de la encantadora cantante de las «Canciones Armenias».

Favorece las combinaciones de Max Agapian la circunstancia de que el joven doctor Juan Troyon, fuertemente llamado por su madre a Fontainebleau, con su ausencia, apagar la lámpara de la constancia del amor, que vive de la presencia del objeto amado, le alimenta con sus ardientes miradas y sus dulces y tóxicas palabras, en que se justifica el sentir de las palabras y el ardor de los latidos del corazón enamorado.

Pero la amante madre del doctor Troyon quiere su hijo a Margarita Morlein, distinguida señorita, ciosa, instruida, que ha nacido a su lado y sabe valer su candor y sus prendas de moralidad y sensibilidad, y que seguramente ha de hacer la felicidad de su hijo.

Lo que ocurre es que, en el fondo de los grandes terios del amor, es difícil a los extraños averiguar qué consiste y dónde y cuándo nace la simpatía y, seguramente, todas aquellas excelentes cualidades que estiman la madre, son como un excitante que aviva y más los ardientes deseos y el amor de Juan hacia ella y seductora Myriam, de aquella divina mujer al nacer besaron las deliciosas brisas del Tigris y los frates y las balsámicas auras embriagadoras de los cedros y de los cinamomos del Cáucaso. Aquella mujer cuyas voluptuosas miradas y presencia encendían su sangre juvenil y cuyas dulces y armoniosas palabras penetraban en su corazón y sonaban en los conditeces de su fogoso cerebro como dulces acordes célicos arpas... No, el doctor Juan Troyon no puede estar en Fontainebleau, y vuelve a París ansioso de amor, ardientes, de palabras seductoras, de besos que estruendo en sus labios, que amorosamente embriaguen, donde esos elementos contribuyen a la satisfacción que llegara la plena satisfacción que anterior se ha apasionado. Y rápidamente dirige al Hotel Bristol, donde se le conduce al departamento número 10, en cuya antecámara al dejar el sombrero, tiene una terrible sorpresa: un basco con las iniciales H., detalle que le resulta visible y amarillento, y que penetra en su cerebro como una semilla de veneno. Penetra en la estancia en cuya puerca se detiene la presencia de una encantadora mujer que le inspira una terrible sensación de inexplicable desconfianza. Es My-

riam, una inquietante zozobra... que llega a su colmo cuando Max Agapian hace una indicación,—no por casualidad inadvertida por Troyon,—de que salga de su gabinete. La desesperación de Juan llega al máximo grado cuando Myriam desaparece y que su tío guarda silencio. Juan quiere seguir a Myriam. El tío se niega. El enamorado doctor, primero con corteses palabras y después por la fuerza, quiere penetrar en la estancia, y lucha cuerpo a cuerpo, resultando maltratado como un sér despreciable. El joven, temblando de ira y de celos, entra en el gabinete de Myriam... que ha desaparecido. Sobre el tocador encuentra un joyero vacío, unos guantes de caballero y bastón con puño de oro grabado con las iniciales H. H.

Las sospechas de Juan Troyon se convierten en mortífera certeza... Corre hacia un balcón que abre en el jardín en que Myriam desaparece en elegante toilette.

Agapian sonríe irónicamente en presencia del joven dirigiéndose al miserable personaje, descarga sobre su rostro una terrible bofetada que encierra todo odio y su desprecio.

Agapian se retuerce como un tigre mal herido, pero con gran presencia de ánimo, discurriendo rápidamente quizá, opina que el escándalo pudiera echar a perder todos sus proyectos.

Mientras Troyon se aleja cubriendo su rostro con las manos como si quisiera ocultar a su vista la vergüenza de su propia desgracia, en los ojos de Agapian se ve como una ráfaga de odio satánico, de Judas recalcitrante.

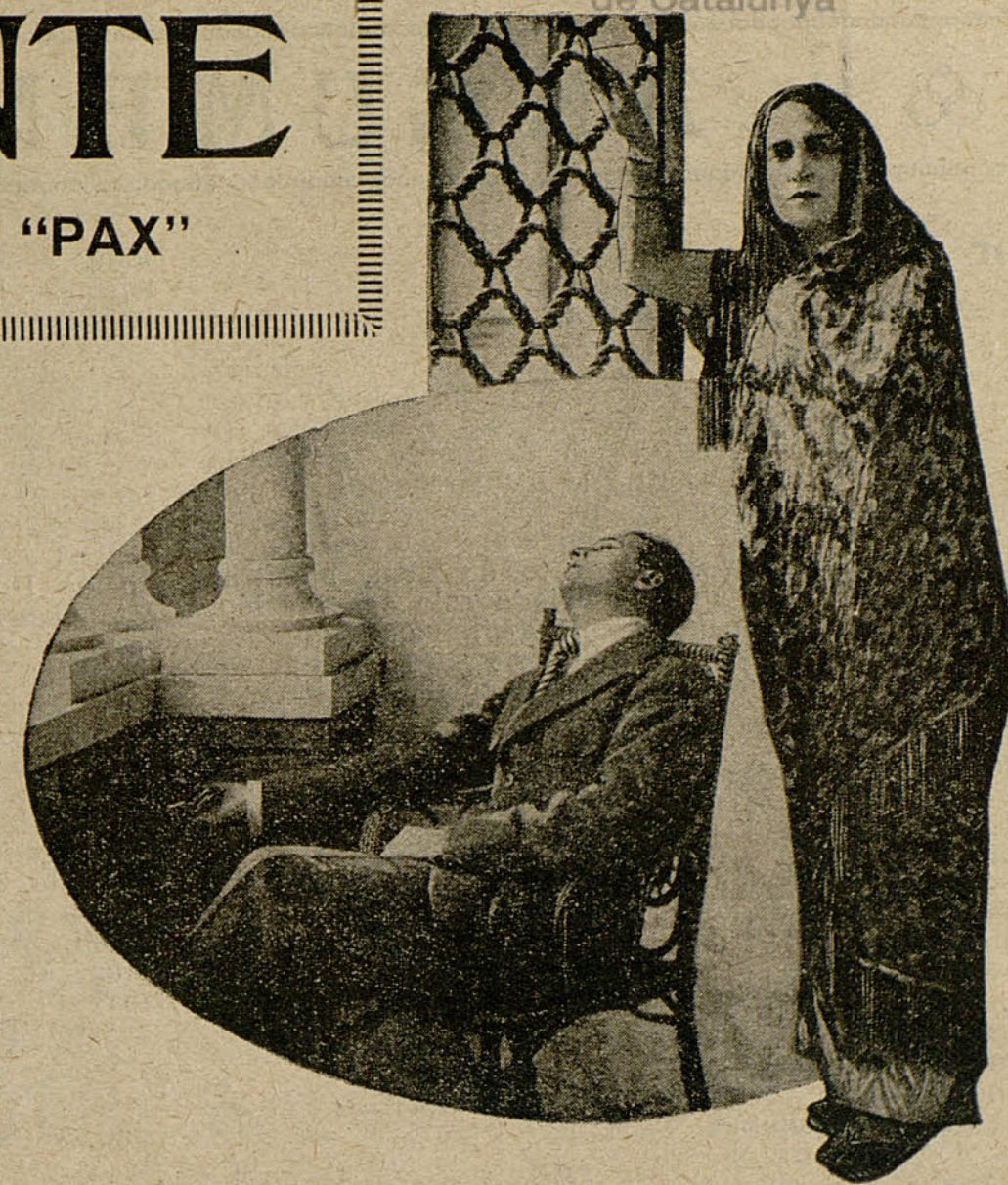
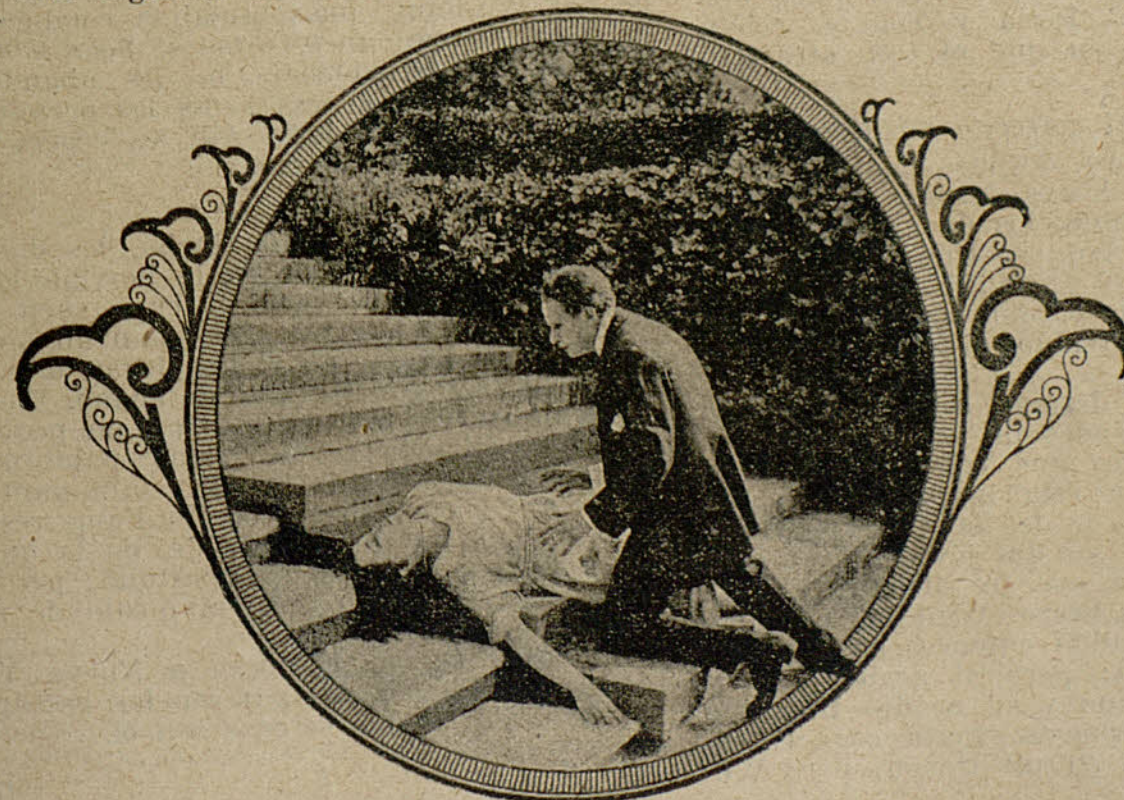
Juan Troyon, abandonando París, vuelve al hogar materno, donde encuentra el necesario lenitivo de su pena, y se casa con Margarita Morlein.

SEGUNDA PARTE.—El vencimiento.

El doctor Troyon vive en Fontainebleau. Su vida es una vida sin grandes ilusiones, sin alegrías ni tristezas. La vida que pronto cumplirá cuatro años hace de Margarita una madre ideal, a la vez que resulta una esportemplar. Juan ha olvidado el pasado, sin embargo momentos en que nota sobre su ánimo y hasta en su voluntad una extraña influencia...

Un día se le llama con urgencia al «Hotel Bristol», donde es médico ti-

do esos elementos; uno de los tuyos contribuyen a la satisfacción que llegara la plena satisfacción que anterior se ha apasionado. Y rápidamente dirige al Hotel Bristol, donde se le conduce al departamento número 10, en cuya antecámara al dejar el sombrero, tiene una terrible sorpresa: un basco con las iniciales H., detalle que le resulta visible y amarillento, y que penetra en su cerebro como una semilla de veneno. Penetra en la estancia en cuya puerca se detiene la presencia de una encantadora mujer que le inspira una terrible sensación de inexplicable desconfianza. Es My-



riam, que reconociendo a Juan, tampoco puede reprimir el efecto de la inesperada aparición.

Juan no puede ocultar la impresión recibida. Myriam se reprime fácilmente y, con voz delicada y segura, dice:

—Doctor, es para mi marido.

Juan se inclina respetuosamente, y, amparándose en la máscara profesional, pasa, siguiendo a Myriam, hasta el lecho del enfermo. El doctor no necesita gran examen respecto del enfermo, pues la ciencia conoce el caso como uno de tantos en que la vida se escapa por la brecha abierta por una vida de placeres desordenados.

—Un ataque de parálisis; si se repite, es grave.

Mientras se hallan a la cabecera del enfermo, Myriam y Troyon han cambiado inteligentes, vivísimas y penetrantes miradas y sus manos se han rozado suavemente. Una puerta se abre cuidadosamente, una persona aparece, y Myriam hace las presentaciones:

—El doctor Troyon.

—El secretario de mi marido.

Lo que ocurre en el febril cerebro del doctor no es fácil de explicar.

Se despide de Myriam, y, casi seguro de sí mismo, vuelve a su casa.

No sucede otro tanto a Myriam, en quien la gentil presencia, las dotes interesantes del doctor han hecho renacer en ella realidades imposibles quizás.

Myriam traza sus proyectos; una táctica bien estudiada dará resultados infalibles. Será la misma Margarita el instrumento con que venza en su empresa de amor.

(Continuará.)

ARGUMENTOS

Por amor

(Continuación)

Al día siguiente, los dos jóvenes salen a primera hora y van a casa de un cerrajero para hacer abrir la llave. Wu-Fang, que vigilaba los alrededores, se presenta y se hace recibir por la tía de Tom, a la que advierte que su sobrino le ha arrebatado un pequeño bloque de ébano, y que de no serle devuelto se dirigirá a la policía. Enloquecida la buena señora se pone a revolver el cuarto de Tom, mientras que su visitante, al que ha dejado solo en el salón, dispone un artefacto hábilmente disimulado, compuesto de un revólver cuyo gatillo está retenido por un hilo, y se despide de la tía advirtiéndole que dará al asunto la solución anunciada.

Tom y Perla llegan entonces y se instalan en el salón sin dar oídos a la tía, en su precipitación por enterarse del contenido de la llave. Ahora bien; en la casa de enfrente, Wu-Fang ha instalado un aparato que emite rayos luminosos, cuya fuerza calórica consumirá el hilo que retiene el revólver. Hábilmente maniobrado, el aparato concentra sus rayos y produce el resultado deseado, haciendo disparar el revólver en el momento en que Tom y Perla se inclinan para recoger una llavecita más pequeña, contenida en la de platino.

La hábil maquina- ción de Wu-Fang ha fracasado. En cuanto a los dos jóvenes, sin preocuparse del peligro corrido, continúan tranquilamente sus investigaciones. La llave contiene un papelito con estas palabras: «Michael Ugdell. Manton N. Y.».

Ni Perla ni Tom conocen a ese Ugdell, pero ambos deciden trasladarse a Manton para esclarecer el asunto. Sin embargo, Wu-Fang, que ha continuado espíandoles, toma el mismo tren que ellos y durante el trayecto les denuncia como autores del robo que dice haber sido víctima. Poco dispuestos a dar explicaciones, Perla y Tom se echan al Hudson en el momento en que el tren atraviesa el río sobre un acueducto.

CAPITULO SEXTO.—El cofrecito misterioso.

Recogidos por un marinero, después de su zambullida, Perla y Tom llegan horas después a Manton. Esperando anticiparse al chino, los dos jóvenes practican investigaciones en el bosque. Una niña les enter- a de que el viejo Michael Ugdell ha muerto hace tres meses; pero que su hijo, que habita ahora la cabaña, es un extraño individuo al que no se encuentra jamás en casa.

Perla y Tom llegan poco después a la cabaña, que en efecto está vacía, y después de buscar entre los muchos objetos amontonados que contiene, encuentran un cofrecito que lleva esta inscripción: «Esta caja pertenece al poseedor de la llave de platino»; pero en el momento en que los dos jóvenes examinan detenidamente el objeto, se oye un disparo y Tom es gravemente herido en un brazo. Wu-Fang es quien ha disparado, y Perla, sacando entonces su revólver, dispara contra su enemigo; pero al acabar uno y otro sus municiones, el chino y su acólito Hop-Sing amenazan con derribar la puerta. Perla coge entonces una bomba descubierta en un rincón, pero Wu-

Fang consigue arrebatársela y arrojarla, aunque no bastante lejos, pues la explosión derrumba la frágil habitación.

Dueño de la cajita, Wu-Fang escapa con su cómplice, mientras que Perla acude en socorro de Tom.

Después de vagar parte de la noche, Wu-Fang y Hop-Sing se refugian en otra cabaña abandonada, y Wu-Fang declara a su compañero que, no teniendo sueño, prefiere vigilar los alrededores. Júzguese de su rabia cuando, al regresar media hora después, comprueba la desaparición de la cajita durante el sueño de Hop-Sing. Dispuesto primero a acusar a su compañero, Wu-Fang encuentra entonces un peine femenino en el suelo y comprende que su encarnizada adversaria ha conseguido aprovechar hábilmente su corta ausencia.

Perla se encuentra, en efecto, en la misma cabaña y consigue escapar a tiempo, reuniéndose con Tom.

Los dos jóvenes abren entonces la cajita, en cuyo interior hay un plano del Brasil. En este plano, las grutas de Caluchi están subrayadas por un grueso trazo de tinta. ¿Cuál es, pues, este nuevo misterio?

Para esclarecerlo, Perla y Tom toman el camino del Brasil, seguidos, desde luego, por el inevitable Wu-Fang, al que su servicio de espionaje ha puesto al corriente de los planes de sus adversarios.

CAPITULO SEPTIMO.—Visiones de horror.

Wu-Fang se ha adelantado a los dos jóvenes en el camino que conduce a las grutas de Caluchi, objeto de su viaje, sembrando de emboscadas la ruta que deben recorrer.

Después de un terrible ciclón, los dos jóvenes buscan refugio en un abrigo natural formado por rocas amontonadas. Los indígenas, sobornados por Wu-Fang, provocan un derrumbamiento, y Perla y Tom, medio asfixiados en esta tumba, se creen condenados a morir, cuando distinguen una pequeña salida al otro extremo del túnel. Llegados allí

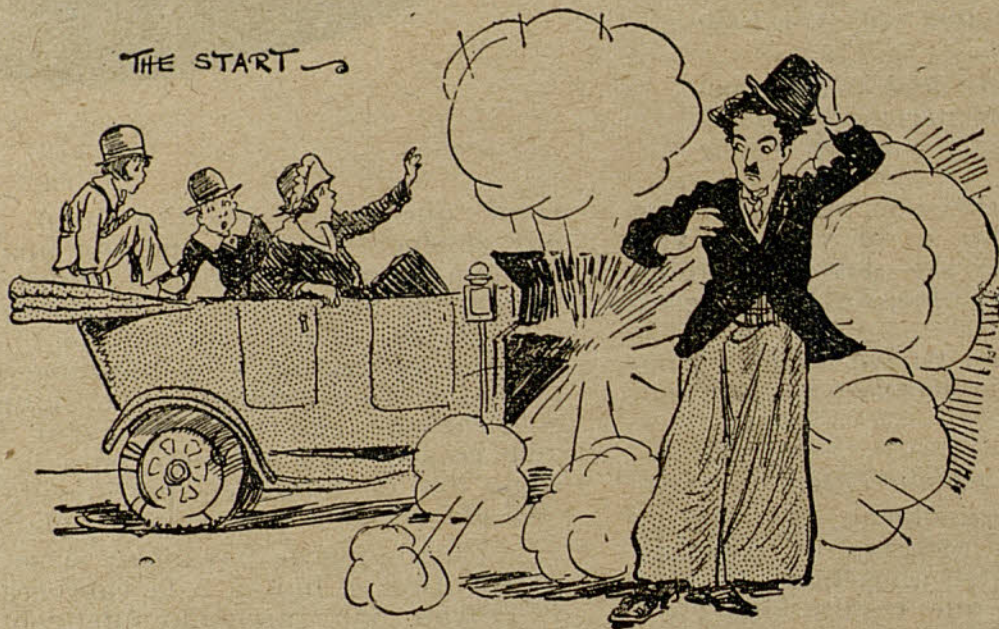
se dan cuenta de que no escaparán del lazo tendido por Wu-Fang, pues la salida conduce a una charca llena de caimanes, pitones, boas y toda clase de reptiles. La Providencia no les abandona, sin embargo, pues una gruesa rama les permite de un salto trasladarse al otro lado. Allí les espera una vez más su irreconciliable adversario.

Después de encarnizada lucha, los dos jóvenes precipitan a su adversario en la horrible charca y penetran por fin en las grutas, cuyo suelo está cubierto de restos humanos que atestiguan un horrible drama. Después de largas pesquisas llegan a descubrir finalmente el secreto del bloque de ébano. En la mano crispada de un cadáver encuentran un pequeño frasquito en cuya etiqueta se leen estas palabras: «Antídoto contra el microbio de la peste fulminante».

Perla y Tom saben que Wu-Fang reserva este microbio como un arma terrible, de la que cuenta servirse llegado el momento oportuno; pero se tranquilizan pensando que poseen el medio de neutralizar la horrible plaga.

Ambos regresan entonces a Nueva York, y Tom, después de hacer desaparecer los escrúpulos de Perla, la decide a que se case con él.

(Continuad)



El popularísimo Charlot en una de sus escalofrantes aventuras

El enigma del silencio

(Continuación)

Chic y el atleta deshacen el bárbaro mecanismo, y los perseguidos están de nuevo en libertad.

Pero Kah no se da por vencida, mucho menos disponiendo de un ingenio inagotable en recursos para el mal. Por orden de ella, Von Berg y los suyos se introducen en casa de Graham y hacen presa en Betty, llevándola en un baul a presencia de la sacerdotisa; pero antes ha podido la muchacha pedir socorro por teléfono al Conde Hugo. En las habitaciones de Kah una prensa de gran tamaño está dispuesta a recibir el cuerpo de Betty que, atada a la plancha inferior, ve con espanto cómo desciende la otra plancha sobre su vida indefensa.

Sin embargo, los salvadores no están lejos. Cuando ya parecía inevitable la consumación del crimen, Hugo, Chic y Texas se presentan. La titánica espalda del atleta delinea el funcionamiento de la prensa, y Betty puede volver a los brazos de su padre.

Los bandidos han oído a Hugo decir a Betty que la llamará por teléfono. Pronto los cómplices de Kah se trasladan junto a la casa del Conde. Fingiéndose empleado de un continental, uno de ellos coloca un micrófono en el despacho de Hugo: por él se enteran Von Berg y su banda de la conversación de Hugo con Betty, a la que cita en Port Permin, a las diez de la noche, en la misma casa en que los piratas suelen reunirse algunas veces.

Desde fuera, la mano de Chinawton descuelga el receptor del micrófono. Chic quiere disparar contra ella, y Hugo lo impide. Y, llegado el momento de marchar,

lo hace solo; pero recomienda a Chic que Betty vaya en compañía de Texas.

Unos minutos después, la misteriosa mano criminal atenazaba la garganta de Chic; el atleta le libró de ella, no sin sentir en las mejillas las uñas del monstruo.

Cuando Hugo puso su planta en la casa de Port Permin, ya estaban escondidos, en distintos lugares de ella, todos los hombres de «Mil Ojos». Nuestro héroe, que iba con el presentimiento de la emboscada, encendió la luz, y se retiró a un ángulo, cerca de la puerta de salida. Al sentir los pasos de los enemigos que, cautelosos, avanzaban para prenderle, rompió de un tiro el quinqué que alumbraba la estancia. En la obscuridad absoluta, se trabó una lucha sangrienta de unos bandidos contra otros, mientras Hugo, sonriente, gozaba con la satisfacción de haberlos preso en las redes que a él le preparaban.

EPISODIO DECIMOCUARTO

El yerro de la naturaleza

El sacerdote que auxiliaba a Kah en la venganza de Egipto, cruel venganza sin término que traspasaba los continentes, comunicó a la sacerdotisa el fracaso de su última tentativa: «Este Hugo es un demonio; nos ha engañado nuevamente; parece que tiene la vida encantada». Y Kah siente, con mayor imperio cada vez, el ansia de exterminar al hombre, a un tiempo odioso y amado, que malogra todos sus planes.

(Continuará).

Compre usted el último número de

CINE MUNDIAL

edición en castellano del Moving Picture World. Corresponsal general en España **EDUARDO SOLA**, Rambla de Canaletas, 4, pral, Barcelona. De venta en el despacho del corresponsal y en los principales kioscos al precio de Una peseta.

sabría consolarme, ¡pobre Alfonso! Pero, ahora, ¿a quién debo confiarme? ¿Debo hacer ver la herida de mi corazón a gentes que no comprenderían, o se reirían de mí?

La infeliz tenía la frente inclinada sobre su seno y en la amargura de su sonrisa se reflejaba algo de su orgullo.

De pronto se estremeció, porque había oído abrirse la puerta de su cámara y entrar alguno en la estancia.

Clara volvió la cabeza, pero el grito de alegría que estuvo pronto a salir de sus labios, se extinguió a la vista de Guido, palidísimo, con el rostro contraído, que avanzaba estrujando entre sus manos una carta.

Un sombrío presentimiento oprimió el corazón de Clara.

Guido se acercó a ella y, sin preámbulos, exclamó:

—Esta carta está dirigida a vos, señora.

—Sí—dijo la joven madre con voz tranquila,—esa letra es de mi hermano.

Una explosión de risa insultante resonó lúgubrememente en la estancia.

—¿Vuestro hermano?... ¿Y de cuándo acá, señora, tenéis un hermano que os escribe: «Mi adorada Clara...» y se firma simplemente «Alfonso»?

Clara se puso roja, alzó los ojos en los que había una decorosa gravedad y contestó dulcemente:

—Guido, un sólo agravio tienes que vituperarme: no haberte hablado antes de él. Mas si se hubiese tratado solamente de mí, no habría dudado un momento, pero quería salvar el honor de mi madre... el respeto a mi padre.

Guido encogió con desprecio los hombros.

—¿Qué cuento me estáis contando ahora?—exclamó arrugando el entrecejo. ¿Creéis acaso que voy a dar fe a lo que me digáis?

Clara se cubrió el rostro con las manos y durante algunos minutos salieron de su pecho etnrecortados sollozos. Cuando cesaron éstos alzó otra vez la cabeza, y, fijando sus ojos todavía húmedos, cándidos como los de un niño, en el rostro de su marido dijo con voz suplicante y conmovida:

—Guido, ¿te he mentado yo nunca? Yo no tengo aquí pruebas para demostrarte que cuanto te digo es la pura verdad, pero en nombre de esta inocente, sobre la ca-

—Y yo que casi, casi pensaba que el baile te habría hecho olvidar a tu Clara. ¡Ah! ¡No sabré perdonármelo!

Guido estaba como sobre espinas; por fortuna el almuerzo había terminado y tras un suave beso a su mujer, y con la excusa de descansar, se retiró a su habitación.

Sentía remordimiento y vergüenza de engañar a la angelical criatura que se confiara a él; pero ya la imagen de Nara se había fijado en el alma, en el cerebro. Reproducíasele en aquella actitud embriagadora, apasionada, sobre la piel de tigre, mientras fijaba en él sus ojos lánguidos, voluptuosos, mientras entreabría, para hablar, sus labios, que parecían creados exclusivamente para los besos.

«No amo más que a ti, soy tuya... tuya, porque te amo».

—Ella me ha hechizado—se repetía Guido,—pero yo no la veré más.

Estas son siempre las mismas palabras, los mismos propósitos. Pero cuando un hombre ha sido herido por una pasión sexual, a pesar de todos sus esfuerzos para desligarse, no lo consigue nunca y hace todo lo contrario de lo que dice y se propone.

En efecto, por la noche de aquel mismo día, Guido estaba a los pies de Nara.

Durante el baile permaneció oculto en la penumbra de un palco proscenio, completamente solo, pero allí iban a buscarle los ojos de la bailarina. Y antes que ésta saliese del teatro, según lo convenido, se había escondido nuevamente en el coche de ella, que les transportó a casa.

Guido encontró en Nara toda la ingenuidad de la niña, toda la acre voluptuosidad de la mujer apasionada.

Su amor por el joven parecía profundo, sin interés, sin mira alguna.

—No quiero más que amarte y ser amada por ti—le decía,—lo demás para mí no es nada.

¿Qué le importaban los homenajes de los demás? Ella no veía más que a su Guido, no oía ni escuchaba más que a él.

Sin embargo, algunas noches después del primer encuentro con el joven, al llegar a casa con él, mostróse

La novia del odio

(Conclusión)

—Gracias a Dios, doctor, que me es posible veros antes de morir. Ahora podré remediar el gran mal que hice un día, arrastrado por la pasión del juego. Esa muchacha que me ganásteis en el barco es una mujer blanca. Por sus venas no corre una sola gota de sangre negra y además no ha sido nunca mi esclava... Yo no soy el juez Shone, sino su encargado, enviado por él para cuidar de esa muchacha en el trayecto desde la Habana a sus plantaciones de este país. He aquí la historia triste de Mercedes: Allá en Cuba, en su lecho de muerte, un viejo español me contó la historia de la supuesta esclava. Años atrás su hija se había fugado con un americano y murió en tierras extrañas, dejando una niña de corta edad, que fué confiada a su abuelo. Entonces, aquel hombre pundonoroso educó a la niña como una esclava... Hallán-

dose próximo a la muerte sintió los remordimientos de su acción y decidió enviar a la joven a su antiguo amigo, el juez Shone, que tenía plantaciones en estas tierras de Nueva Orleans.

Y el fingido juez Shone entregó al doctor la partida de nacimiento de Mercedes, en que figuraba como hija de Alfredo Dupley, el hijo muerto del médico. Y ahora, en el alma del doctor se reñía una lucha brutal entre el deseo de remediar el mal que inconscientemente había hecho a su nieta y la sed de venganza que le atormentaba. La casualidad vino en su ayuda. Pablo Crenshaw, que desde su matrimonio con Mercedes se dedicaba a beber sin freno para olvidar su desgracia, intentó atravesar un día, en completo estado de embriaguez, el cordón que separaba la ciudad del distrito atacado de la epidemia. Los soldados le dieron el alto, pero como él continuase avanzando, un tiro lo dejó tendido en tierra...

FIN



LA FLORIDA

Gran almacén de perfumería nacional y extranjera

Eugenio Sarrá

BARCELONA

Ronda San Pedro, 7 — Apartado Correos 239 — Teléfono A. 223

Ventas al mayor y detall — Extensísimo surtido del artículo y objetos anejos al mismo — Esmero — Seriedad — Precios ventajosísimos

durante algunos minutos nerviosa, agitada, y acabó por romper en una explosión de llanto.

Guido trataba en vano de saber la causa de aquellas lágrimas imprevistas.

—Tú me amas, Guido—repetía ella,—¿me amas a mí sola?

—Sí... ya te lo he dicho... lo sabes ya...

—Y tus besos, tu corazón, ¿son todos para mí?

—¿Y lo dudas?

—Guido... dime la verdad.

Los ojos de Nara centellearon.

—No te comprendo.

—¿Es verdad que eres casado... que tienes mujer?

—Sí...—contestó.—Pero, ¿qué importa?

—¿Qué me importa dices?—gritó Nara.—Yo estoy celosa de ella... de esa mujer que dicen es una bella adorable... ¿Es muy hermosa, Guido?

—No tanto como tú, Nara...

—Esto no es contestar... pero yo la conoceré.

Un vivo rubor subió a las mejillas de Guido.

—¡Oh! Tú no harás eso, Nara.

En los ojos de la bailarina brilló un relámpago salvaje.

—¿Por qué no?—repuso.

—Porque entonces no creería ya en tu amor por mí. ¿Qué te importa de mi mujer cuando yo te amo a ti sola?

—Júralo, Guido.

—Te lo juro.

XVII

La bailarina pareció convencida, pero en su mente abrigaba ya mil extraños pensamientos de venganza hacia la inocente que en tanto sufría por la frialdad de su marido, porque no sabía a qué causa atribuirle.

Guido, empero, parecía tornar a ella cuando la joven fué madre. ¡Oh! ¿Qué dulce embriaguez la de Clara, cuando pudo estrechar entre sus brazos a su niña, a su criatura!

—Ella se asemeja toda a ti—decía con ingenuidad a Guido.

—No... tiene tu rostro de ángel.

—Tú la amarás lo mismo, aunque sea una niña, ¿no es verdad?

—Oh, sí! La llamaremos Lilia.

—Yo quisiera llamarla Alfonsina.

—Pues bien, la bautizaremos con el nombre que más te agrade, pero yo prefiero llamarla Lilia.

Así la pequeña criatura tuvo dos nombres.

En los primeros días, Guido se mostró poco cariñoso con la joven madre y muy tierno con la niña; pero, poco a poco, empezó a ausentarse de nuevo de casa, y pasaba todo el día y todas las noches a los pies de Nara, la cual, empero, no se mostraba aún bastante satisfecha. Nara había hecho una alianza con el criado de confianza de Guido; por él supo que Clara era madre y con él concertó los medios para perder a la pobre criatura.

Como ya sabemos, el criado de Guido había sospechado un día del hermano de Clara, creyéndolo un amante de la joven y pura esposa. Habíalos sorprendido casi abrazados, y, desde entonces, había pensado en el medio de sacar provecho de su descubrimiento.

Una mañana, Clara estaba sentada junto a la cuna de su pequeña, y en aquel rostrillo de ángel que sonreía aún en sueños, trataba de sofocar las torturas de su lacerado corazón.

Ahora ya no tenía duda alguna. Su Guido, no sólo no la amaba ya, sí que también mostraba hacia ella una frialdad cruel. A sus muchas lágrimas respondía con un encogimiento de hombros y con una sonrisa sardónica. Al principio la pobre criatura llegó a persuadirse de que Guido estaba disgustado con ella porque le había dado una niña; pero cuando vió que rehuía sus besos, que pasaba las noches fuera de casa, sintió instintivamente que el corazón de Guido no era ya suyo.

Sin embargo, ninguna queja salió de sus angelicales labios; su desesperación fué muda, sin lamentos ni ruegos.

¡Oh! Si al menos Alfonso hubiese estado cerca de ella... Sobre la rubia cabecita de su niña repetía el nombre del hermano querido.

También en aquella mañana en que nosotros la hemos visto junto a la cuna de Lilia, la joven madre había invocado a Alfonso.

—Si él estuviese aquí... mis lágrimas se secarían... El

El Cine
y la moda

LOS ABANICOS Y LAS SOMBRILLAS

por
GABY

El abanico, esa prenda tan adorable que la moda ha ideado para hacer resaltar la belleza femenina, ha sido, desde los tiempos más remotos, un arma temible en manos de la mujer. El abanico no se ha hecho solamente para nuestro adorno, sino que es también un pretexto para los movimientos graciosos y las posiciones encantadoras, llenas de una delicosa frivolidad.

Los abanicos más grandes han sido los que se usaban en los países orientales: en aquellas ciudades de «Las mil y una noches», el abanico, enorme y la sombrilla artísticamente pintada eran el complemento de la indumentaria de las elegantes.

En Egipto, los abanicos eran de laca, de madera pintada y de plumas de avestruz. Estos abanicos llevaban unos mangos muy largos, para que los esclavos los meciesen cadenciosamente al lado de las bellas. Un volumen pudiera escribirse sobre las mil variaciones de los abanicos y sombrillas en el Japón y China, cuyas prendas sobresalían por la riqueza que se derrochaba en su confección. Todavía algunas de éstas se conservan, y por el mérito de su trabajo, por los preciosos labrados que ostentan, algunos coleccionistas pagan por ellas cantidades fabulosas.

El apogeo del abanico, sin embargo, llegó en el siglo XVII, cuando Versailles era el emporio de la elegancia y cuando los abates empolvados y los caballeros que ostentaban pelucas artísticas, se inclinaban con un paso de minué al oído de las hermosas y desgranaban en sus oídos unos madrigales armoniosos, que eran como el murmullo de las fuentes que alegraban con su canto aquellos jardines de ensueño. Entonces, los pintores, los miniaturistas de nombre, no desdeñaban ilustrar aquellos abanicos con escenas galantes, y Watteau, el mago de los pinceles, se significó en tal arte delicado.

En España, actualmente, es donde las mujeres saben manejar con más gracia y más soltura el abanico y la sombrilla.



En las manos áulicas de las mujeres españolas, estas dos prendas tan genuinamente femeninas tienen un encanto nuevo, aumentan en grado máximo la belleza y la elegancia de estas clásicas manolas, que todavía en algunos puntos de España conservan la gracia alada y picaresca con que las retrató en el lienzo don Francisco de Goya y con que las trasladó a las tablas el ingenio peregrino de don Ramón de la Cruz.

Por eso las estrellas cinematográficas, en su mayoría, se esfuerzan por imitar los ademanes graciosos de las lindas damitas de España cuando llevan en sus manos el abanico y la sombrilla.

Paulina Frederick, la linda estrella de la *Goldwyn*, se nos aparece rodeada de una soberbia colección de abanicos, que ha adquirido con una paciencia ejemplar, empleando todos los momentos libres que le dejan las películas, en buscar los modelos más antiguos y raros para aumentar su colección.

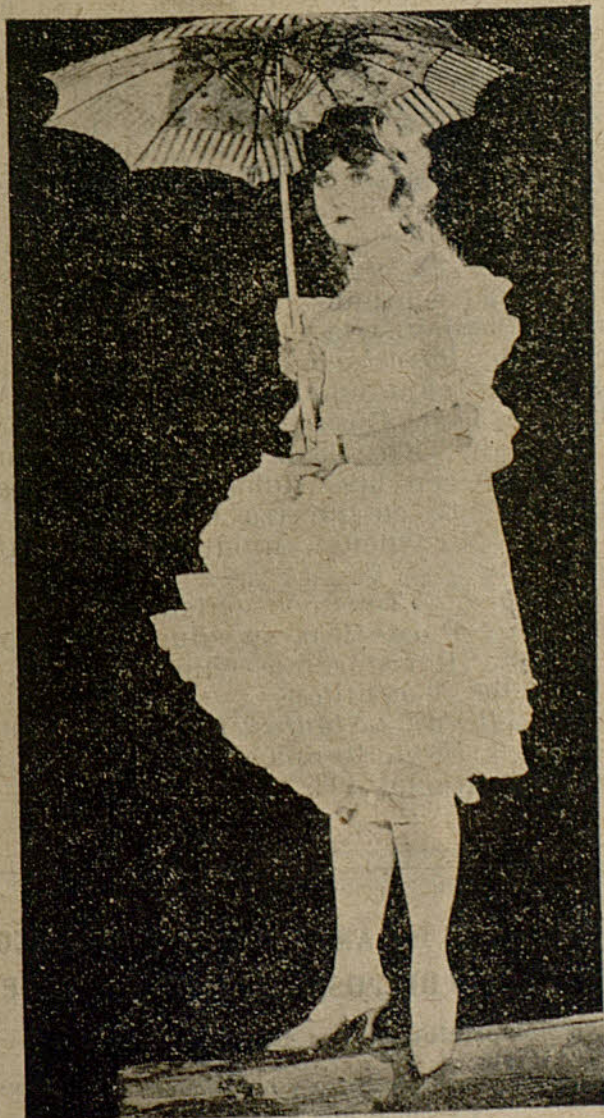
Dorothy Dalton, en una de sus creaciones recientes, luce una *toilette* negra de encaje bordado de cuentas. Y para acompañarle ostenta un abanico de plumas negro sin rizar.

En otra película, Margarita Clark, elegantemente ataviada con un traje de *charmeuse* blanca, lleva entre sus brazos un exquisito abanico de plumas del mismo color.

Elsie Fergusson fué la primera en abandonar los abanicos de plumas de avestruz, apareciendo con un modelo nuevo y original de gasa color púrpura con varillaje de concha de carey, constelado de medallones de terciopelo chifón de un tono más subido y respunteado con hilos de oro y plata.

Las sombrillas iguales al vestido son las que privan en la actualidad, y con ellas aparecen algunas estrellas en sus últimas creaciones. Esta moda resulta muy suave y elegante, pues ninguna nota llamativa rompe la armonía del conjunto.

GABY.



ESCUELA DE ARTE CINEMATOGRAFICO

DE LA INTERNACIONAL FILM

Calle S. Pablo, núm. 10, 3.º - BARCELONA

Director gerente: L. PETRI:

Representante de «VITA CINEMATOGRAFICA» de Turin,

Organo oficial de la Cinematografia Italiana.

NOTAS DE LA SEMANA

Real Cinema.—Gran éxito durante toda la semana de «*Madame Dubarry*».

Este gran salón desde su inauguración está siempre lleno de público distinguido y selecto.

Ha estrenado también con gran éxito «*Mickey*», de la genial Mabel.

Royalty.—Este salón ha reprisado «*El médico de las locas*», con verdadero éxito.

Cine Ideal.—«*Las hijas del cabaret*», «*Una esposa por correo*», «*Aventuras de Uñas Largas*», «*La cara del Chorlito*» y «*Verdadero amor*», han dado grandes llenos al salón de la calle de Atocha.

Cinema X.—«*El protegido de Satán*», «*Las aventuras de Lolita*» y «*Las vacaciones de Dolly*».

Gran Vía.—«*Su Magestad el dinero*», «*Las aventuras de Lolita*», «*Por una sonrisa*» y «*Trilogía de Dorina*».

Madrid Cinema.—«*Lucia de Montelme*», «*Por senderos tortuosos*», «*El que nace para ochavo*» y «*La hija del cabaret*».

Cinema España.—«*Una campaña de prensa*», «*Gloria la gloriosa*», «*Escalando la fama*» y «*Madame Dubarry*».

Príncipe Alfonso.—«*Madame Dubarry*» y «*Mickey*» han obtenido en este elegante salón el mismo éxito que en todas partes.

PRESENTACIONES

La Cinematográfica Verdaguer ha presentado «*Un músico eminente*», «*Una mujer justiciera*» y «*En busca de tranquilidad*».

Se trata de una astracanada americana graciosísima, un drama sumamente intenso y una notable comedia interpretada por el gran William Russell.

La Julio César nos ha presentado «*Pobre Teresa*» y «*Entre el amor y la amistad*», que ya han sido presentadas en Barcelona y han sido reseñadas en ese periódico, habiendo obtenido extraordinario éxito.

X.

MARINERO MÍO

LETRA DE LA MÚSICA

II

Un día de primavera
que en la playa me encontraba
un apuesto marinero
sin cesar él me miraba.
Desde el puente de la nave
mientras ufana se iba,
el gallardo marinero
un beso él me enviaba.

(Refrán)

III

Y cuando aquel marinero
de su viaje él regresó,
muy ufana y muy contenta
al altar él me llevó.
Y a las tres semanas justas,
en plena luna de miel,
partió aquel marinero
y ya no se nada de él.

(Refrán)

El cine en las escuelas

He aquí un ejemplo digno de imitación que presentamos a los Ayuntamientos de España y principalmente a la Comisión de Cultura del Ayuntamiento de Barcelona.

El Municipio de Marsella ha estudiado un presupuesto para dotar de cine una escuela de cada uno de los 21 cantones de departamento, o como si dijéramos distritos municipales y ha sido aprobado por unanimidad.

Esta instalación costaría 24.843 francos a los que habría que añadir 2.000 francos cada año para alquilar de películas.

En nuestra hermosa y culta ciudad de Barcelona, que viene a tener la importancia de Marsella, existen sólo 10 distritos; pero son tan extensos, sobre todo los de las afueras (9.º, 10.º, 7.º, 8.º y 1.º) que también sería necesario dotar de aparatos a unas 21 escuelas como a Marsella.

Ahora bien; dado el estado actual de los cambios esos 24.000 francos se convertirían en una cantidad

muy pequeña que está al alcance de nuestro Ayuntamiento que tantas partidas de análoga importancia gasta en cosas inútiles o de pura ostentación.

A ver si hay en la Comisión de Cultura algún concejal que quiera tomar con empeño esta materia, haciendo un verdadero servicio a Barcelona y dando a su nombre un justo timbre de gloria.

Correspondencia

Tremal Naik, Barcelona.—No sabemos dónde trabaja actualmente. No tenemos postales de esa artista.

A. B. L., Barcelona.—La silueta de Polo apareció en el número 12 de 1919; la de María Walcamp en el 16 del mismo año; la de Grace Cunard en el 26 de 1917; la de Francis Ford en el 42 de 1918; la de Antonio Moreno en el 10, de este año, y la de Perla Blanca todavía no la publicamos. Estos números podemos cedérselos al doble precio del mercado, y su importe puede remitírnoslo por sellos de correo. El número 16 de este año vale 25 céntimos. Los gastos de certificado importan 25 céntimos. El *Anuario* vale 10 pesetas y trata de la industria cinematográfica en general.

Un aficionado, Barcelona.—La de Lola París no la conocemos en la actualidad. La de Blanca Valoris: Condal, 8, 1.º, y la de Rosarito Calzado: *Studio Films*, Carretera de Sans, 106. Para lo que desea puede ponerse en relación con las academias cinematográficas, cuyos anuncios verá en nuestra Revista.

Kike, Bilbao.—No tenemos ninguno de los argumentos que pide.

C. A., Coimbra.—Tenemos entendido que Alberto Collo es italiano. Puede leer su silueta en el núm. 47 de 1918, de esta Revista, que tenemos a su disposición al precio de 30 céntimos.

Presas, La Bisbal.—*Studio Films*, Carretera de Sans, 106; *Lotos Film*, Rambla Cataluña, 42, y *S. A. Sanz*, Paseo de Gracia, 103.

ESCUELA ESPAÑOLA DE ARTE CINEMATOGRAFICO Y EDUCACIÓN DE POSE PARA ARTISTAS DE CANTO

San Simplicio, 6 (Plaza del Regomir) de 6 a 9

Esta Academia no hace películas pero proporciona trabajo a sus alumnos y alumnas más aventajados

Presentada en prueba privada la película en series más interesante que idearse pueda

12 episodios de constante emoción, y de novelescas aventuras de una amenidad jamás igualada

Barrabás

Esta serie-cumbre de la marca

GAUMONT

está interpretada por la troupe de sus mejores artistas

FIJE USTED BIEN ESTE NOMBRE EN SU MEMORIA PORQUE ES EL MAGICO TALISMAN PARA EL ÉXITO DE SU TAQUILLA

STUDIO-FILMS



EL LEON

EDICIONES

AURELIO SIDNEY